

EL BANQUETE DE NAPOLEÓN

Carmina García Herrero

Yo era la pequeña reina de aquel pequeño universo de mujeres y si no lo era, como tal me sentía: coronada, querida, mimada. Madrid olía entonces a churros, a aceras remojadas y a vaquería.

Cuando Napoleón me invitó a merendar ya no existían los bulevares, los habían talado anteriormente y hoy, en mi memoria, sólo quedan de ellos dos imágenes, una difusa, otra clara: tocones de árboles caídos en un suelo levantado, alcorques desborcellados, pájaros perdidos, desorientados por la desaparición de sus viviendas. El otro recuerdo, más viejo, es mucho más amable: el abuelo Pepe con la boina calada y los dientes saltones, llevándome de la mano por el centro de Carranza. Aún puedo ver su cara con una nitidez pasmosa.

El día en el que sucedió aquello de la merienda, José Ramón tenía que haber nacido, por fuerza, pues sólo le llevó cuatro años y yo iba al General Sanjurjo, ya había dejado atrás el Jardín de Infancia (“Escuela modelo de párvulos”, ponía) de la calle de Daoíz. Sin embargo mi hermano no aparece en esta historia. Dicen que le tenía mucha envidia y debe de ser verdad, pues mi sensibilidad le anula, trato de evocarle, pero se me escapa. Antes y después le reconozco, pero en aquella jornada gloriosa no le encuentro en escena.

Yo me sentía reina, una pequeña reina que no estaba obligada a compartir ni a su madre ni su trono.

Es muy posible que al llegar a este punto mi cabeza deformé los acontecimientos reales, pues la adulta que vive en mí cuestiona a la niña que me habla, pero fui tan protagonista, me supe tan importante que no recuerdo que nadie me acompañara al colegio aquella tarde. Alguien debió bajar conmigo la cuesta de Monteleón, seguro, pero pierdo ese dato y me retomo en la plaza, sola, haciendo cola.

Me estalla el pecho de orgullo. Ahí estoy yo, bien erguida, autónoma, metida hasta el cuello en una fila importante, no como las del recreo para tomar el botellín de leche, ni hablar, no es de éas; esta es una línea humana impresionante que cruza las escaleras y muere en unas mesas enormes en las que están las “señoritas” que reparten de todo.

Mientras esperaba, estuve un ratito observando un rayo de sol que iluminaba las baldosas y fue la primera vez en que caí en la cuenta de que el aire está vivo, llenito de polvo que baila, de partículas minúsculas que danzan incansables unas con otras. Puedo ver aquel haz de luz concreto en cuanto me lo propongo.

La fiesta la ofrecían gracias a Napoleón, que había perdido una Guerra en nuestro barrio. Le había derrotado Manuela Malasaña, una costurera valiente que atacaba a los franceses con tijeras y agujas de hacer punto. A Manuela, que era mi favorita, le habían ayudado su padre y los héroes de las calles que iban a dar a la plaza. Por eso no había clase y merendábamos gratis.

Mi madre estaba cosiendo a la puerta del taller, sentada en una silla baja de tijera. Le di un beso y le enseñé la bolsa. Dejó la labor en sus rodillas y me dijo:

-“Abrela con cuidado”.

Entonces vino la abuela. Yo estaba emocionada quitando envoltorios y fue el acabóse, un bocadillo de pan redondo con jamón de York, un plátano, un bollo con azúcar, con bien de azúcar, y chocolate.

Mi bolsa. Mi bolsa. Miraba el contenido fascinada. Entonces mamá me revolvió el flequillo:

-“Qué bueno, ¿verdad? Anda, cómetelo despacito, mastícalo bien”.

Volví de nuevo los ojos al tesoro y después a mi madre. Todavía hoy me pregunto que fue lo qué ocurrió, porque mamá se me quedó mirando y estalló, toda ella, en una sonora carcajada y a mí me dió la risa, y no sólo me dió, sino que allí se quedó para siempre, instalada en mi centro, esta risa tan fácil que alguna vez me ha hecho la vida tan difícil.

Nuestro barullo fue como un despertador o una sirena para la portera que se personó rauda para escudriñar mi regalo. Acudieron también varias vecinas y, acto seguido, empezó a salir gente a los balcones y a la calle. Yo era muy pequeña y muy mía, ya entonces, pero tuve la certeza de que mi merienda, pese a su importancia, no daba para tanto.

Mamá se levantó, colocó su sillita en el borde mismo de la acera y me dejó sentarme, ella se quedó detrás, guardándome la espalda al lado de la abuela.

Por la cuesta de Monteleón bajaba la Cruz de Mayo, se me pone la carne de gallina al presenciarla en mi interior de nuevo. Grande, muy grande, llena de flores, olorosa, inmensa. Las majas y chisperos la custodiaban. Estaba comiéndome el suizo y se me atragantó el chocolate ante tanta belleza insólita. Era lo más hermoso que había visto en mi vida. Todo el mundo aplaudía y allí, reposando en un costado iba la chica, majestuosa, serena. Recuerdo su perfil, su redecilla negra, su corpiño ajustado de terciopelo granate, sus zapatitos negros, su sonrisa. Quedé petrificada, era un hada, una diosa.

Dios mío, lo deseé por dentro intensamente, lo ansié más que el saltador “Gorila” y el “palomitón Payá” juntos y necesité confirmarlo con urgencia:

-“Oye, mamá, ¿iré en una Cruz cuando sea mayor?”

Y mi madre me dijo:

-“Sí, ratita. Claro que sí” y me apretó los hombros con sus manos, mientras la abuela Justa, toda seria, asentía con la cabeza.

Después hubo otras primaveras, pero nunca más cruces o yo no las recuerdo y los letreros que anuncianaron aquel mágico dos de mayo permanecieron durante años, cada vez más descoloridos, en las paredes del Barrio de Maravillas. Entonces no existía la compulsión de tapar un anuncio, inmediatamente después de colocado, con otros diferentes.

Han pasado muchos años y yo he comido en mesas bien servidas, he compartido cenas con personas conocidas, algunas muy interesantes. He merendado en distintas ciudades, en sitios coquetones que están a la moda y conozco, por fin, el sabor del pastel de frambuesa y de la tarta de arándanos, antes leídos que degustados. Han pasado los años, pero puedo asegurar que ningún banquete, absolutamente ninguno, puede compararse al de aquella tarde, cuando Napoleón me invitó a merendar y tuve una bolsa de barrio llena de ilusiones y mi primer sueño. Entonces Madrid olía a mamá, a churrería, a vecindario, a variantes y a cruces de mayo.